

NAJIA LOTFI

INTRODUCCIÓN  
A LAS FINANZAS  
ISLÁMICAS

PRINCIPIOS Y FUNDAMENTOS

Prólogo de  
Arnau Oliveres Künzi

Icaria ✿ Más Madera

Este libro ha sido editado en papel 100 % Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

© Najia Lotfi, 2021

© Icaria editorial, s. a.  
[www. icariaeditorial. com](http://www.icariaeditorial.com)

ISBN: 978-84-18826-13-9

Depósito legal: B 10950-2021

Primera edición junio de 2021

Fotocomposición: Marina Sanchez

*Printed in Spain – Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.*

# ÍNDICE

Prólogo de Arnau Oliveres Küenzi	7
Introducción	29
I. ¿Qué es el concepto sharía (ley islámica)?	31
Componentes de la sharía	31
Fundamentos del islam: Los cinco pilares básicos del islam	39
Fuentes de la sharía	44
II. ¿Qué son las finanzas islámicas?	51
Visión histórica	51
¿En qué consisten las finanzas islámicas?	55
Principios fundamentales de las finanzas islámicas	66
Productos financieros islámicos	75
Sectores del sistema financiero islámico	103
III. Regulación y supervisión de las instituciones financieras islámicas	121
Instituciones reguladoras del sistema financiero islámico	121
Consejos de Supervisión sharía	127

IV. Casos prácticos: finanzas islámicas en España	129
El Centro de Estudios e Investigación en Economía y Finanzas Islámicas (CEIEFI)	130
La primera institución financiera islámica de España: CoopHalal	135
El primer seguro islámico Takaful de España	140
Perspectivas de futuro	143
Conclusión general	145
Glosario de principales términos árabes utilizados	149
Bibliografía	151

# PRÓLOGO. INTRODUCCIÓN A LAS FINANZAS ISLÁMICAS: PRINCIPIOS Y FUNDAMENTOS

No son sus ojos lo que está ciego, sino sus corazones.  
CORÁN, 22:46

*Introducción a las finanzas islámicas. Principios y fundamentos* es una invitación a descubrir las finanzas islámicas. El tema del libro, sin embargo, es la justicia social. La idea central que deriva de la lectura del libro es que no hay economía islámica si no hay justicia.

La idea de justicia es primordial, tanto en el islam como en la banca que nace en ese marco. Lo que hoy se denomina *economía islámica* tiene el objetivo de devolver el principio de justicia a la economía, de la cual ciertamente parece haber desaparecido hace mucho tiempo. Así, se trata de que las transacciones económicas sean justas, de que los préstamos se otorguen en condiciones éticas y sin que el prestamista eluda su corresponsabilidad, puesto que lo que se hace con este dinero también es cosa suya. En definitiva, de lo que se trata es de que la equidad y la transparencia sean los valores que rijan la economía, que la especulación no tenga cabida en ella y que el espíritu emprendedor se vea favorecido, no perjudicado.

Es sabido que el sentimiento de comunidad es relevante en el mundo musulmán. Ese sentimiento solo puede florecer si en la comunidad rigen una cierta equidad y proporcionalidad. Para que un grupo social encuentre armonía y felicidad cada uno de sus integrantes debe encontrar su espacio y participar activamente en él.

Una sociedad justa es aquella en la cual en tiempos de prosperidad todas las personas que la conforman se vean favorecidas por ella, y en tiempos de crisis todas se arremanguen con la misma entrega. Si la riqueza de unos provoca la precariedad de otros es que la sociedad no es justa. Si ciertas personas se enriquecen con el empobrecimiento de otras es que el principio de justicia está ausente.

## El islam como sistema de orden natural y social

El islam, mirado con detenimiento, es más que una religión. Mejor dicho, no corresponde del todo a lo que entendemos por religión.<sup>1</sup> El islam, según el propio Corán, no es algo que nazca con la aparición de un texto o un profeta. El islam es un *din*, y *din* es una palabra muy difícil de traducir, como lo son *yin* y *yang* o *yoga*, términos que usamos sin traducir porque nuestra lengua no ofrece equivalentes suficientemente fieles a sus significados.

La palabra *din* no se refiere exactamente a lo que llamamos *religión*. Un *din* es más bien un *sistema de orden*, una relación, un criterio o ética común. Es cierto que este sistema puede contener una fe, pero básicamente se trata de un régimen de comportamiento. Un *din* es lo que caracteriza a un grupo. En el caso del islam, el *din* se basa en el vínculo de cada cosa con aquello que la rige. El *din* del islam —su regla, su régimen— es la subyugación de cualquier criatura a la fuerza que le da vida.

Un *din* indica una propensión, porque en este mundo todo está en movimiento. Seguir un *din* es avanzar en una dirección, es enmarcar un hecho en el seno del proceso que lo produce. Es entregar lo particular a lo universal que lo particulariza.

Por otro lado, un *din* es un sistema de orden basado en un sentido. El *din* es el marco gracias al cual las diferentes piezas que

---

1. Aquí convendría preguntarse qué entendemos por religión. Para indagar en esa noción recomendamos *Genealogía del monoteísmo. La religión como dispositivo colonial*, Abdennur Prado, Akal Ed., 2018.

se encuentran en él pueden ocupar un espacio y hacerlo de manera armónica, en relación con las demás piezas que allí se encuentren.

Un *din* debe ser algo fluido. Cuando la rigidez se impone en él de manera permanente es señal de que ha dejado de ser aquel sistema vivo que contiene todas las partes que lo conforman y ha pasado a ser el mantenimiento de unas formas determinadas, en interés de una parte y en perjuicio de otra. La imposición es aquello que impide la variabilidad, es decir, el intercambio natural, la relación fluida, la transacción justa, ya sea de información o energía, entre las partes que participan de un proceso y que forman parte del *din*.

El orden debe ser dinámico, porque el movimiento y el cambio son una condición ineludible. El hecho de que haya unos principios sólidos no implica que las formas que los secundan sean también sólidas. Más bien al contrario: la blandura y adaptabilidad de unas formas suele ser la expresión más afortunada de la fortaleza de los principios, porque demuestra lo bien que se adaptan estos a las cambiantes circunstancias de la existencia.

### **La fuerza de los principios se demuestra en la fluidez de las formas que los expresan**

El sentido de que un sistema tenga unos principios firmes es precisamente que permitan toda la movilidad posible. El problema surge cuando la fortaleza de los principios y la variabilidad de las formas se desordenan y se intercambian sus naturalezas. Entonces aparecen formas rígidas y principios variables, y el *din* —el sistema de funcionamiento— deviene lo contrario de lo que era por naturaleza: deja de ser un principio de ordenación y pasa a ser una forma de prisión.

Hoy, casi no hace falta decirlo, el mundo en general —y la economía o el islam en particular— se encuentra en gran medida en esta posición: del revés. Su curso discurre a contracorriente. Su rumbo no es el querido por todos. En lugar de tender a la armonía, la humanidad tiende más bien al malestar.

La justicia destaca por su poca presencia en la realidad social. El medio ambiente se resiente del supremacismo con el que parte de los seres humanos tratan a su entorno.

Naturalmente, el mundo islámico no está exento de esta deriva, y participa del rumbo que el mundo parece haber emprendido desde hace ya demasiado tiempo.

## Volver a lo natural

Pero un *din* es una dirección, y eso quiere decir que da un sentido. Hay que devolver el islam al *din* que lo rige. La propensión natural del islam es hacia Allah, principio sustentador de la existencia, fuerza a la cual deben su existencia todas las criaturas. Todas, porque no hay forma de existencia que no dependa de esa fuerza vivificadora. Eso hace que todo el mundo sea igual a los ojos de Dios, y que su relación con su origen sea siempre particular y exclusiva. Entre Dios y sus criaturas no hay intermediarios. Nadie puede aspirar a tener más categoría que nadie.

Es necesario que el islam y el mundo cambien el rumbo que han tomado. Para ello habrá que volver a poner las cosas en su sitio, para que desde su lugar connatural se muevan de una manera que refleje su viveza.

Hay que volver a la naturaleza, y por naturaleza entendemos todo lo natural, empezando por la naturalidad. Nada es más justo que lo natural, lo que se muestra tal como es, con total sinceridad. Sin sinceridad no hay transparencia, ni proporcionalidad, ni autenticidad, ni viveza, y sin todo eso no se puede pretender que el mundo sea justo, es decir, que refleje su condición connatural.

El islam, ya lo hemos ido diciendo, tiene su *din*, es decir, ofrece una forma de relacionarse con el mundo. Conocer el islam es aprender un marco de convivencia y tolerancia, de respeto hacia los demás y hacia el mundo entero, en el cual la relación entre uno y todo lo demás se rija por un principio sagrado, al cual podemos llamar *Allah*. Considerar a Allah significa no solo dirigirse hacia lo

creador, sino respetar y procurar favorecer también a todo lo creado. Todas las criaturas existentes están en igual medida implicadas en un proceso global. Allah es aquello que las mantiene unidas, aquello a lo que todas se deben, aquello que las hace iguales a todas.

Cuidar a los demás es la mejor manera de ofrecerse el mejor medio ambiente a uno mismo. Cultivar la propia interioridad es la mejor manera de aportarle al mundo lo mejor de uno mismo. No hay duda de que quien está en paz consigo mismo aporta paz a los demás. Esa es la lógica del *din* del islam: la correlación, la interrelación.

## La correlación, signo de la unidad

La idea clave es la interrelación. El encuentro, la comunicación, el vínculo entre lo uno y lo otro, entre interior y exterior, entre propio y ajeno. El islam pone el foco en el vínculo, y eso quiere decir que rompe con la rigidez de las fronteras entre las diferentes partes. No existe ninguna forma de separación definitiva. En cambio, la unidad es inevitable.

El islam no propone un método de realización individual, un despertar espiritual independiente, sino que remite a un sistema integral, que lo engloba todo. Nada queda fuera de la realidad una. La correlación es el signo característico de la unicidad de lo existente.

El islam se basa en la unicidad o *tawhid*, el hecho de que todo está entrelazado de tal manera que nada puede quedar fuera del sistema de religación. El problema surge cuando el sistema de religación no es el natural sino que es creado por una pequeña fracción de las partes implicadas. Cuando el sistema que rige en un mundo no es aquel que le es intrínseco —el connatural a sí mismo, el querido por Allah—, entonces el sistema no será armónico. Estará desproporcionado y tenderá hacia una dirección que no es la deseada por lo<sup>2</sup> que desea que las cosas sean como son.

---

2. A lo largo del texto nos referimos a Dios en masculino, en femenino o de forma neutra, pues ninguna de estas formas es definitiva.

«Vosotros tenéis vuestro *din* y yo tengo el mío» (Corán 109:6), dice Allah a los *kafirun*, que son aquellos que no aceptan el sistema de orden que impera de manera natural y pretenden establecer uno diferente, creyendo erróneamente que eso les interesa más. Pero el Corán también afirma que, si bien «ellos maquinaban, Allah también hacía proyectos, y Allah es el mejor de los maquinadores» (Corán 8:30). Así las cosas, al final el principio de justicia no puede ser evitado. Tarde o temprano todo vuelve a su cauce.

Al menos, esa es la creencia de los musulmanes, y por eso es lógico que no demoren su cometido: si al final todo regresa a la justicia, al principio de orden que todo lo rige, ¿por qué complicar el camino que inevitablemente llevará a ello?

## **La diversidad expresa la unidad: el *sentido* espiritual del islam**

El vínculo al que estamos haciendo referencia es una fuerza de naturaleza espiritual. Lo que todo lo mantiene unido es invisible, es algo que, sin estar ahí, se hace presente en el seno de la diversidad. La diversidad bien entendida no hace más que evocar la unidad. Me explico: cuando la diversidad no crea divergencia se puede contemplar el vínculo inherente que mantiene a todas las piezas en armonía. La diversidad, cuando se muestra con naturalidad, manifiesta la unidad.

El islam, por el hecho de tener el *tawhid* como principio rector, respeta y aprecia la diversidad. Al respetar la diversidad no se olvida de la unidad, no cae en la trampa del supremacismo, de pretender que por el hecho de que las diversidades serán inevitables, lo común no existe. Lo común está por todas partes, nos dice el islam, por mucho que se lo invisibilice porque no es visible en sí.

Todo expresa la unicidad de la existencia, si bien cada cosa lo hace a su manera. Al mostrarse cada objeto, cada forma de exis-

tencia, muestra también una forma particular de relacionarse con el mundo. No hay pieza que no hable del conjunto, porque nada surge fuera de él. Hablar de lo particular es dibujar lo general... concretado.

Allah es la garantía de que todo está unido. Allah es la fuerza que hace que todo sea uno. Allah es el invisible uno que se esconde tras la multiplicidad del mundo. Cuando vemos la diversidad no hacemos otra cosa que contemplar la unidad.

Allah, por invisible que sea a nuestros ojos o por mudo que resulte a nuestros oídos, no desaparece nunca. Su unicidad se muestra en la diversidad, porque la unidad no se muestra en sí misma, no puede hacerlo, sino que lo hace en el seno de la pluralidad. Sin un dentro y un fuera no hay posibilidad de visión. La visión de lo plural, sin embargo, remite a su unicidad inherente. Este es el juego entre la pluralidad y la unidad.

Cuanto más única —peculiar— sea cada pieza del entramado, más auténtica y pura, más ella misma será, más reflejará la naturaleza de la unidad, porque más demostrará que formar parte de esta le permite ser ella misma. Brillar como criatura es armonizarse con el medio. Reflejar la pluralidad no es distinto a reflejar la unidad. Esa es la lógica del *din* del islam, espiritual por naturaleza y coherente y rica a la vez.

El argumento que defendemos para vincular la unidad y la pluralidad tiene una lógica espiritual: cuanto más cohesionado estoy con los demás más puedo ser yo mismo. Cuanto más brilla la diversidad más brilla la unidad. Esta es la idea.

No obstante, de lo que se trata es de conseguir que este principio no sea una mera idea y se haga realidad. Para lograrlo se puede seguir un camino de aprendizaje, y ese camino es precisamente el que se sigue cuando se acepta el islam. El islam, hemos dicho, es un *din*, un *sentido*: una razón de ser, una dirección. Un camino de vuelta a lo natural.

## La Realidad

«Sé consciente de Allah y no cedas ante los que niegan la verdad ni ante los hipócritas. [...] ¡Sigue lo que te ha inspirado y revelado! ¡Allah tiene buen conocimiento de lo que hacéis! Confía en Él y en su protección. Allah te basta para tu protección: no ha puesto dos corazones en el pecho de nadie»  
CORÁN, 33: 1-4

Sin duda, no sabemos qué es Allah, pero sí sabemos qué es la existencia, y tenemos maneras de saber cuándo estamos más a gusto en ella y cuándo nos estamos alejando de lo que le es natural. Tenemos conciencia, tenemos un corazón, sentimos. Esto nos permite discriminar entre la verdad y la mentira, por ejemplo, y entre la armonía y el desorden.

«La ilaha illa Allah», dice el *dhikr* —el recuerdo, la invocación— más conocido del islam. «No hay más dios que Dios», «No hay más alidad<sup>3</sup> que Allah». En aquello que conocemos, no hay nada que pueda ser considerado Dios. No podemos asociar nada a Dios; sin embargo, lo vemos reflejado en todo —«No hay otro sino Dios». Esta es la paradoja del islam, cuya lógica es espiritual: si bien las cosas dependen de Allah, y lo reflejan, Allah es independiente de su creación, escapa a ella.

### Dios carece de *otredad*

No sabemos qué es Allah o qué es Dios, pero sí podemos conocer los atributos que a Él remiten, porque el mundo entero lo evoca. Así es como podemos afirmar, por ejemplo, que «no hay más realidad que la Realidad», que «no hay más verdad que la Verdad» o que «no hay más belleza que la Belleza».

---

3. Para una explicación del término, véase <https://www.sufi.cat/la-illa-ha-illa-allah-o-la-unicitat-absoluta/>

No hay que desconsiderar las pequeñas verdades que tenemos a nuestro alcance, porque en ellas está toda la fuerza de la Verdad: «No hay más verdades que la Verdad». Por pequeña que sea una verdad que proclamamos o descubrimos, contiene en sí la fuerza de la gran Verdad, porque si no, no sería cierta. De hecho, no tenemos otra manera de expresar el absoluto que a través de lo relativo.

Pero a pesar de que nuestro mundo sea relativo y cambiante, si nos ubicamos al nivel de los principios, más allá de las formas que nos lo evocan, nos damos cuenta de que allí «no hay otro que Dios», porque Dios es, en el islam, el principio único —si atendemos a la temporalidad de la existencia— o el principio de unicidad —si nos fijamos en su simultaneidad. El absoluto no es cognoscible desde nuestro punto de vista, pero tenemos constancia de él por la correlatividad de todo. El hecho de conocernos a nosotros y a los demás nos permite reconocer la fuerza que nos une... o nos separa, pero que en todo caso compartimos.

## Los musulmanes y Allah

Los musulmanes no esperan saber qué es Allah. Se conforman con reconocerlo. Confían en Él y se entregan a su mandato, que no es otro que el que se refleja en todo lo vivo. Las leyes que mueven el mundo son las que son. No es necesario ver el principio que impera para apreciar los movimientos que promueve. Los principios se manifiestan en las formas. Lo intrínseco es invisible en sí, pero lo físico lo convierte en algo explícito.

Los musulmanes aceptan a Allah a sabiendas de que no lo podrán conocer. Admiten que la unidad será siempre más fuerte que cualquier separación. Aceptan que cualquier pequeña forma de existencia contiene en sí una fuerza que le permite evocar a Allah. Todo es diferente y, sin embargo, todo manifiesta a Allah: «Adondequiera que os volváis, allí hallaréis la faz de Dios» (Corán 2:115).

Allah es una precondición que los musulmanes admiten, esta es su creencia. Allah está siempre ahí, en las alternancias, en los cambios, en la diversidad. Incluso, en la divergencia y en la discrepancia. Por mucho que el *din* evoque un sentido —un rumbo, una razón de ser—, todas las direcciones están contenidas en él. El mundo avanza en una dirección y, sin embargo, nos permite reconocer todas las direcciones y seguir cualquiera de ellas... aunque solo una le sea propia.

Es cierto que la lógica espiritual a veces rompe otras lógicas que nuestra mente desearía mantener. La cuestión es que nuestra mente tiene sus límites, y la realidad de la que hablamos no los tiene. Para entender al islam convendrá trascender el principio de contradicción y abrirse a una lógica trascendente. El islam a menudo implica una ruptura con lo que uno podría desear y una sumisión a lo que es.

La creencia en la unicidad deriva en un sistema de comportamiento: todo, en este régimen de comportamiento, está al servicio de la unicidad, reflejándola de mil maneras. No hay gestos pequeños que no estén en relación con el mundo entero. *No hay pequeña verdad que no contenga en ella la fuerza de la gran verdad. No puede haber nada independiente de Dios.*

El islam implica tener presente el efecto mariposa. Es admitir que cada pequeño gesto tiene influencia más allá de sí mismo. El islam es ofrecerle, a cada pequeña acción, una gran trascendencia. El islam empodera, porque otorga a cada pequeña forma de existencia la misma fuerza que mueve al conjunto entero. Quizá no en cantidad, pero sí en calidad. La fuerza que me mueve a mí es la misma que te mueve a ti.

Cada cosa, sea grande o pequeña, no es nunca nada en sí misma. Está relacionada con todas las demás. Todo es en Dios, por Dios, y a Dios volverá cuando se extinga.

«Ciertamente, de Dios somos y a Dios volvemos», proclama el Corán (2:156).

## El lugar del musulmán en el mundo

El musulmán aspira a trascender los actos —los fenómenos— porque sabe que un hecho puntual no tiene lugar si no es en el marco de un proceso que lo engloba. A su vez, trasciende también los procesos, sabedor de que un proceso no es sino la expresión de la fuerza que lo impulsa. Esta, por su parte, no tiene lugar sino porque proviene de un deseo que lo genera, un mandato divino, una intención que Allah ha expresado. Este es el itinerario.

Su origen proviene del misterio, misterio que es también su meta. El musulmán abre su intención particular —lo conocido— a la intención divina —desconocida— que ha querido crear el mundo y hacer de él lo que sea que desee. El musulmán pone sus fuerzas a disposición de algo que desconoce. Su nivel de entrega es total.

El musulmán asume que se le escapa lo que ha hecho que la realidad sea tal como es. Por eso renuncia también a cambiar el orden de las cosas. Esto no quiere decir que se conforme con aceptar el mundo tal como es. ¡Al contrario! El musulmán lucha de manera cotidiana, porque aspira a que el mundo refleje los principios que lo rigen. Paradójicamente, hay que luchar para hacer que las cosas sean tal como son.

Cuando el musulmán busca su lugar en el mundo lo hace poniendo más interés en las intenciones que en las acciones, porque considera que es por las intenciones por lo que son juzgados los actos: las consecuencias de los actos escapan a su control; en cambio, sus intenciones sí dependen de él. Es en ellas donde su capacidad de actuación más sentido tiene.

El *din* del islam es una vía de acción, en efecto, pero sobre todo de intención. Por eso viene provisto de sus ritos, que sirven para que los musulmanes purifiquen sus intenciones. La práctica espiritual no es sino un espejo que lleva a quien la practica a conocerse a sí mismo, y así poder mejorar progresivamente.

Afinarse por dentro y armonizarse por fuera van de la mano. Ambas acciones sirven para poder estar en el mundo libremente, naturalmente, felizmente.

La *fitra* es la connaturalidad de una criatura. Es una manera de estar —espontánea y libre—, de acuerdo con los principios que rigen el comportamiento de la criatura en cuestión, en una situación dada, con las circunstancias que se presenten.

Como hemos visto, la justicia es el valor preeminente del islam. Como explican Jordi y Guillem Delclòs, esto es porque la justicia da un punto de equilibrio entre igualdad y libertad individual. Es cierto que todos somos iguales —todos manifestamos los principios que nos rigen, todos habitamos el mundo, etc.—; también lo es que todos somos diferentes —únicos, peculiares—<sup>4</sup>. Tener en cuenta la balanza que armoniza las similitudes y las diferencias —o la igualdad y la diversidad— es el objeto que motiva el esfuerzo que realiza el musulmán.

La libertad solo es posible si aceptamos la determinación —las condiciones insoslayables que nos rigen. No se trata de ser libres según un criterio independiente. Se trata de serlo según la naturaleza intrínseca.

El hecho de que unos principios rijan la existencia no hace que las criaturas sean menos libres. Al contrario, estos principios son los que les dan vida como forma de existencia. Sentirse libre es exactamente sentirse tal como se es.

## Los principios y las formas

Esto nos lleva de nuevo a la distinción entre los principios y las formas. Los principios son lo que nos une, porque todos estamos en relación con ellos por igual. Los principios son aquello de que dependemos. Sin embargo, aquello de que dependemos nos hace a todos diferentes, nos quiere distintos, de manera que lo que nos une es precisamente aquello que nos hace diferentes.

---

4. Véase *Contra el supremacisme i el fonamentalisme. L'espiritualitat, una via interna de transformació social*, Arnau Oliveres, autoedición, 2020.

Lo que nos distingue es lo que nos hace iguales. Todos habitamos el mundo, pero todos lo hacemos de maneras diferentes. Todos reflejamos la divinidad, pero todos lo hacemos diversamente. «Reconoced las diferencias y la igualdad de unos y otros», dice el Corán (49:13), tened en cuenta que sois iguales y distintos y aceptad a los demás como iguales-diferentes. No queráis que sean como vosotros cuando quieren ser diferentes, y no los obliguéis a ser distintos cuando muestran semejanzas.

La tolerancia es algo vivo, dinámico, cambiante. A veces hay que aceptar al otro como a un igual. Otras veces hay que verlo como alguien diferente. Solo si aceptamos la ambivalente naturaleza de las relaciones podremos mantener la armonía. Quien quiera establecer relaciones rígidas no le estará permitiendo a la vida mostrar su libertad.

Y en la vida hay libertad y hay determinación. No hay una cosa sin la otra. Todos estamos determinados y, a la vez, todos somos libres. Todos somos diferentes y, al mismo tiempo, todos somos iguales. El punto de equilibrio entre dos afirmaciones contrarias es aquel que demuestra que, aun siendo contrarias, no son contradictorias. Pueden ser ciertas a la vez. Esto es la justicia. Sin justicia no hay respeto a la diversidad. Sin justicia no existe el reconocimiento a la unidad. La justicia es lo que nos permite entender que la igualdad y la diversidad están siempre presentes.

## **El orden en lo natural y en lo social**

Esto nos lleva al respeto a la naturaleza. Algo primordial en el *din* del islam, pues la naturaleza muestra el orden establecido. En la naturaleza se encuentra la revelación materializada: las leyes de la naturaleza son las leyes que Dios ha querido que rigieran el universo.

Nada más sabemos de Dios, solo lo que vemos en el seno de la existencia, a través de lo cual se nos revela. Lo que tiene lugar en el mundo es lo que Dios desea que tenga existencia.

Por eso en el islam la naturaleza es considerada la primera revelación. Es donde Allah se nos muestra de manera más inmediata. No se puede estar más cerca de Dios que cuando se está en armonía con la naturaleza. La Creadora es inefable, pero su mandato resulta visible a través de su Creación.

Pertenecer a una sociedad es una forma de estar en la naturaleza. Las dimensiones social y natural no están para nada separadas. El mismo respeto que el islam tiene hacia la naturaleza lo tiene hacia la sociedad. Por tanto, las relaciones humanas han de estar basadas en las relaciones naturales. La búsqueda de armonía, de equilibrio y de justicia es tanto un objetivo social como natural. Naturalizar las relaciones sociales equivale a contribuir a que sean justas.

Si bien la naturaleza es lo que nos revela la faz de Dios, el hecho de que las relaciones entre las criaturas sean armónicas respeta el deseo divino de que cada cosa existente tenga un espacio en su seno. Lo que es real lo es por algo. No nos corresponde a las criaturas decidir cómo debe ser el mundo, cuáles deben ser las características de los demás. Nos corresponde aceptarlo. Más aún, nos corresponde coparticipar en ello, apreciar la diversidad, promover que todo tenga derecho a ser a su manera: «Entre Sus signos está la creación de los cielos y la tierra, y la diversidad de vuestras lenguas y de vuestros colores. Ciertamente, en ello hay mensajes para los que saben» (Corán 30:22).

Es en este sentido que nuestro esfuerzo sí puede cambiar el mundo. No se respeta a Dios si no se respeta su creación. El mundo es de por sí diverso y cambiante, y son los seres que lo habitan los que harán que esa diversidad se mantenga o se extinga. El mundo avanza en una dirección u otra en función de los movimientos de las personas que habitan en él. Transformar el mundo es aceptarlo tal como es. A saber, cambiante.

«Dios no modifica el estado de un pueblo hasta que los individuos que lo componen no se modifican a sí mismos», dice también el Corán (13:11). Aquí se entrega la responsabilidad de cambiar el mundo a las criaturas que lo habitan. Es través de sus acciones como todo cambiará.

Los fundamentos del islam son ambivalentes y aparentemente paradójicos. Y, sin embargo, simples. También sus ritos lo son. En el marco del *din* del islam los ritos son ejercicios que enseñan al musulmán a observar este comportamiento natural y ejemplar.

Lo que da sentido al rito es el hecho de que transforma a la persona que lo realiza. Un rito sirve si convierte a la persona que lo practica en mejor persona. Si no, no sirve de nada. Un rito debe tener una fuerza, y para que la tenga debe ser practicado con la debida intención. Si el rito es efectivo y la intención es pura, dicho rito aportará unos resultados.

### **Del islam al *ibsan***

Los resultados son excelencia de comportamiento, el *ibsan*, meta a la que aspiran los musulmanes. Un musulmán no reza porque sí, no ayuna porque sí, no da limosna porque sí, sino porque hacerlo le lleva a ser mejor persona, más justo, más equilibrado, a estar más en paz consigo mismo y con los demás. De ello se da cuenta el musulmán progresivamente, y eso es lo que valida su camino. Si el *din* del islam no fuera auténtico, los musulmanes no lo seguirían. No es un valor externo lo que da al islam su fuerza. De hecho, ser musulmán no suele estar bien visto, por lo menos en Europa. Pero los musulmanes siguen siendo musulmanes y eso es porque saben de la efectividad de su *din*.

Agacharse y poner la frente en el suelo es como beber el agua de un río. Es unirse al punto más bajo, juntando el cielo y la tierra. Este gesto conlleva una gran humildad. La oración *salat* que los musulmanes realizan cinco veces al día les lleva a poner la frente en el suelo treinta y cuatro veces. Este ejercicio es un auténtico despertador de la conciencia, es un gesto totalmente transformador.

La actitud con que se realiza esta acción —que desgraciadamente también puede convertirse en un acto mecánico— se convierte en un hábito gracias a la repetición. Es esto lo que hará

que los corazones de las personas transparenten y reflejen, cada vez más, lo que sea que pase a través suyo, esto es, la *baraka* que da Dios, sus bendiciones, su fuerza, su luz.

Se suele decir que la mejor de las virtudes es la constancia. Lo sabe el músico que aprende un instrumento y lo sabe toda persona que se propone aprender una lengua extranjera. Es en este sentido como se ha de entender la disciplina en el marco del islam. Lo rígido solo tiene sentido si está al servicio de lo fluido. La rigidez en sí misma no aporta nada, solo fanatismo.

### **Cuestión de actitud: hacer ayunar al ego**

Los pilares del islam no son sino ejercicios que llevan al musulmán a estar en sintonía con las leyes naturales, a armonizarse con el medio natural y con los demás, es decir, con el mandato divino, con la fuerza creadora que quiere que las cosas sean tal y como son, y que cambien tal y como lo van a hacer.

La realización de los ejercicios-ritos del islam atenúa los impulsos del ego —que llevan a la separación y a la conformación de un mundo alejado de su esencia connatural— y endereza los actos de la persona hacia el seno de la unidad. Ser musulmán es una cuestión de actitud. Es comprometerse en hacer el esfuerzo de unirse al mundo, a los otros, a Dios, y eso implica mostrarse humilde, al servicio de, disponible para.

Lo hemos visto en el caso de la oración, y ahora podemos verlo también en el caso del ayuno, otro de los pilares del islam. El ayuno del islam es en realidad un semiayuno. No debe implicar un sobreesfuerzo, sino un esfuerzo asumible.

El semiayuno no implica una ruptura con la fisiología de la persona: comienza un poco antes de que salga el sol y termina al atardecer, sobre la hora de cenar. Esto significa que en un día de ayuno el ayunante habrá podido desayunar, y también podrá cenar. Un organismo sano acepta perfectamente este régimen de comportamiento —el cual solo se realiza, hay que decirlo también,

en determinadas fechas, pues no se trata del régimen de comportamiento habitual.

Si bien se trata de un esfuerzo físicamente asumible, implica un gran esfuerzo mental. Más que el cuerpo, es al ego a quien se hace trabajar. Al ego no le queda más remedio que aceptar que se quedará sin comida. Es a él a quien no le gusta ayunar. No al cuerpo, que generalmente lo agradece. Por eso estamos hablando de un ejercicio espiritual más que físico, que rompe con la inercia del ego. Quizás aquí convendría aclarar que no entendemos el ego como un objeto o una parte del cuerpo, sino como una creencia, errónea por cierto: el ego no es otra cosa que la falsa idea de separación.

El ego es el conjunto de pensamientos que lleva a la persona a creer que está separada del mundo. No hay duda de que el ayuno es un ejercicio clave para acallar a este ego egoísta, porque la comida es una de las principales necesidades para la subsistencia, una de nuestras más evidentes determinaciones, y por eso nos muestra el vínculo que nos une a los demás. Estar sin comida durante un tiempo es demostrarle al ego que el alimento es imprescindible. Es decirle que no podemos vivir al margen de lo otro.

Como hemos visto, el islam no va de economía, ni siquiera cuando nos habla de economía, de la misma manera que no va de política ni cuando nos habla de política. El islam va de intenciones, de actitudes, de entregas, de gestos que se coordinan y armonizan. De valores.

Lo que no es islam es lo que pretende romper con los principios por los que se rige cada cosa y es infiel a su propia naturaleza. Los infieles al islam no son otra cosa que aquellos que maquinan contra el sistema ideado por Dios y quieren crear uno propio. Un *kafir* es un cafre, más que un infiel, porque es alguien que oculta la verdad, sin darse cuenta de que eso, a la larga, a quien perjudicará será a él mismo.

## Los valores del islam aplicados a la economía

Es probable que el hecho de haber separado lo sagrado de lo profano nos haya llevado a la peor crisis económica y ecológica de la historia.

El islam entiende la espiritualidad como una característica terrenal. Del mismo modo que la espiritualidad remite a unos principios, se expresa en unas formas. No se trata de ganarse el cielo a través de buenas obras, sino de reunir lo que en su día alguien pretendió separar.

La banca islámica, como todo lo que tiene que ver con esta concepción del mundo —el islam—, se basa en este *din*, su sistema de ordenación, y debe estar al servicio de este principio de justicia. No puede ser, por tanto, un negocio pensado para hacer dinero. Al contrario, es un servicio que facilita las transacciones y los intercambios. La banca debe ser una herramienta para hacer justicia, una ayuda, no un perjuicio.

En el *din* del islam el dinero es entendido como una herramienta para el intercambio. No es un bien en sí mismo. El dinero fue pensado para facilitar las transacciones, fue creado como un medio al servicio del intercambio. Paradójicamente, hoy el dinero se ha convertido en uno de los objetos de las transacciones, y eso quiere decir que ya no es solo el objeto que facilita el intercambio, sino que también puede ser un bien adquirible.

Esto significa que con el dinero se puede comprar más dinero. Por lo tanto, quien tiene más dinero se vuelve más rico con facilidad, porque el hecho de tenerlo le permite generar aún más dinero, y quien menos tiene, no hace falta decirlo, menos tendrá aún al cabo de un tiempo.

Esta es la lógica actual, legal pero injusta, insolidaria y carente de ética, porque el dinero, en realidad, no genera dinero, y si lo hace, se trata de un robo. Un euro no es como un árbol o como una hora de trabajo: no da frutos. Creer que los puede dar es engañarse.

## Retornar la economía a sus raíces

Es bien cierto que hace ya muchos años que el dinero es un bien en sí mismo, y ya no solo una herramienta de intercambio... pero quizás ha llegado la hora de cambiar el rumbo y de volver atrás en este asunto, porque el hecho de que el mismo bien que sirve para el intercambio sea un bien en sí mismo adultera las transacciones.

La banca islámica es una banca, en efecto, pero a diferencia de la banca convencional no permite la usura. No está al servicio de los más ricos. No sirve para que los ricos sean cada vez más ricos. Solo está pensada para que el mundo funcione de una manera justa. La banca facilita la interrelación entre las personas. Ese es su cometido. Y eso es islam.

La *riba* es el beneficio injustificado. Es lo que permite incrementar la riqueza con la propia riqueza. Es sacar jugo de lo que en realidad no da frutos. Este es uno de los principales puntos a combatir de las finanzas actuales. En este sentido, las finanzas islámicas encajan plenamente con la llamada *banca ética*, porque ni una ni otra quieren permitirse esa forma de enriquecimiento. Al no permitirse practicar la *riba*, la están combatiendo.

La *riba* aparece cuando una persona piensa que su beneficio particular pasa por encima del interés general, y ya hemos visto que esta creencia va contra el islam. El islam pone el foco en el equilibrio dinámico, en la justicia. Esto significa que no puede haber interés particular que pase por encima del interés general. La *riba* demuestra supremacismo, inferiorización del pobre y, por lo tanto, falta de conciencia. No es algo meramente económico, es también algo moral y espiritual. Ya hemos visto que en el islam nada queda al margen del *din*.

«Sed firmes en establecer la justicia, dando testimonio de la verdad, por Dios. Aunque sea en contra vuestra o de vuestros padres o parientes más cercanos, y tanto si la persona es rica o pobre. [...] No sigáis vuestras pasiones, no os apartéis de la justicia, porque si levantáis falso testimonio, u os evadís, ¡ciertamente Dios sabe lo que hacéis!» (Corán 4:135).

## Apelar al corazón: hacer examen de conciencia

Si la moral queda fuera de la relación económica, lo pagan el medio ambiente y gran parte de la población. Si hoy el mundo está en crisis es porque los valores no son considerados relevantes, y los principios no son tenidos en consideración.

Ante cada relación —una transacción, por ejemplo—, uno debe preguntarse si es justa o si hay un vínculo asimétrico que inferioriza a una parte. Esta pregunta es interna, personal. La respuesta se halla en el corazón de cada uno.

El islam invita a hacer ese examen de conciencia, más aún que a seguir un patrón determinado, porque sabe que en última instancia quien tendrá conciencia de si algo está o no bien hecho es la propia persona que realiza la acción. Las leyes y las normas nunca llegarán a penetrar todas las acciones humanas; por eso las intenciones son más importantes que las leyes, que no pueden llegar a todo. Es necesario que sean los corazones de las personas quienes reconozcan qué es justo y lo lleven a cabo. Si separamos algo de la moral, también desaparece la justicia.

El islam insiste en este punto: no permite que nada quede exento de esta dimensión de interioridad. Es en el corazón de las criaturas donde se refleja la intención de quien las rige: «Tú sigue lo que te ha sido revelado» (Corán 6:106); «Tienes que seguir lo que te ha sido revelado. Ten paciencia para soportar la adversidad» (10:109); «¡Atiende a lo que se te ha revelado! Estás en el camino recto» (43:43); «El buen camino, bien orientado, con buen guía, se distingue muy claramente del mal camino, desencaminado» (2:256). No cabe añadir nada más.

Cada transacción comercial, como cada gesto cotidiano, debe orientarse hacia Dios y no hacia el beneficio propio. El islam es una apuesta por la excelencia del comportamiento. Esta excelencia es un modo de proceder vivo, es decir, se redefine a cada momento, se adapta a la situación, porque quien la ejerce es un ser que siente de manera constante, y su sentir cambia a cada instante. Lo que hay que aprender es a escucharlo, y en eso

consiste el trabajo espiritual que el islam propone y guía. «No son sus ojos lo que está ciego, sino sus corazones», nos decía el Corán (22:46).

Cada acción de la vida está dotada de vivacidad. No podemos pretender hacer de la economía una ciencia alejada de este componente. Sin respeto por la vida no tenemos economía, tenemos teoría económica. Peor aún: explotación. El islam no desvincula la economía de lo espiritual. Las intenciones están siempre presentes tras los actos, y deben dirigirse a Dios y al bien común.

La vida es viva. No se puede hacer abstracción de ella

El islam parte del hecho de que todo está ligado, y que todo está vivo porque vivo está el vínculo que todo lo mantiene unido. Dios es el Viviente. La vida de una criatura depende de esa fuente de vida. No hay vida fuera de la Vida en mayúsculas.

Esta Vida en mayúsculas está siempre presente. No se puede pretender que, por ejemplo, la economía sea una ciencia abstracta, separable, cosificable. La economía son relaciones entre personas. Cosificar la vida es quitarle su viveza.

El islam no desvincula la moralidad de la banca porque no separa las criaturas entre sí ni las aleja de su Creador. Y volver a la moral y a la conciencia del origen común no es en absoluto volver a la época medieval. Es asumir que la separación ha sido una creencia errónea, y que ya es hora de despertar de ese sueño convertido en pesadilla.

## **El reflejo de los principios en las formas**

El islam ofrece una visión del mundo que está muy de acuerdo con los tiempos actuales. El *din* del islam no permite renunciar a unos valores que parece que el mundo moderno ha querido superar... y no puede: en el momento en que dimos por superados estos valores —la moral, la justicia— el mundo pasó a ser más desigual que nunca, y el planeta empezó a quejarse.

El mundo contemporáneo necesita reconocer los principios trascendentes que siempre han regido en todas partes, ya sea de manera explícita o implícita. Los principios de la existencia son los que son. Volver a enraizarse en ellos es recuperar el islam entendido como una actitud, reencontrarse con lo que es, tal como es.

Reconocer que las formas reflejan principios no quiere decir volver al pasado, sino más bien ponerse en disposición de salvar el futuro. Precisamente, es hacer que los mismos principios de siempre —con la justicia en el centro— se muestren en formas nuevas. Son las formas lo que cambia constantemente.

El islam no es algo *de antes* o *de otro lugar*. El islam se refiere a los principios, permanentes y omnipresentes, que todo espacio y lugar reflejan. El *din* del islam consiste, precisamente, en el hecho de que una cosa tenga en consideración los principios que la rigen. El islam no es otra cosa.

Para practicar realmente el islam habrá que adaptar las situaciones a los principios que las promueven, de modo que estos se reflejen a través de ellas. Y esto es precisamente algo que, en el mundo de hoy, generalmente no se está haciendo.

Quizás el islam nos esté ofreciendo algo que hace mucho que hemos olvidado y que no habríamos debido olvidar. A saber, que todo está entrelazado, que todo es uno, y que nada puede suceder al margen de lo otro, por diferentes que sean las cosas entre sí.

Pongamos de una vez por todas lo particular al servicio de lo universal, y todos saldremos ganando. Abramos de nuevo nuestros corazones a la unicidad y nuestros ojos podrán ver florecer una nueva primavera. Nuestro mundo lo pide a gritos.

## INTRODUCCIÓN

El concepto de *finanzas islámicas* hunde sus raíces en la sharía islámica, un conjunto, un sistema y modo de estar en el mundo que abarca todos los aspectos de la vida de los seres humanos. La sharía no es como cualquier legislación que producen las personas; es una ley divina revelada por el creador de este universo y todos sus elementos. ¿Quién sabe mejor de un aparato —el ser humano— que su constructor —Alá—, que le ha revelado un libro de instrucciones —el Corán, que engloba todos los anteriores libros sagrados— y con él unos técnicos —los profetas—, quienes le asesoran y ayudan para que dicho aparato funcione de la mejor manera? Para comprobar todo esto, procederemos en este primer libro introductorio a sentar las bases, primero aclarando y definiendo conceptos, que nos servirían para contestar a la pregunta de por qué este sistema financiero islámico es estable y cuáles son sus factores de estabilidad financiera, sobre todo en tiempos de crisis económica. Empezaremos por despejar dudas sobre la sharía, una noción tan importante pero que tantas confusiones y errores genera a la hora de definirla y conceptualarla, sobre todo en países o con personas ajenas al islam. El concepto *sharia* es toda una ciencia de la legislación, demasiado compleja y global como para resumirla en una palabra, frase, o en una definición exacta que pueda construirse con el léxico elaborado por las criaturas de un todopoderoso creador, que no llegan ni al mínimo de su saber y poder. Para tener una noción mínima de este concepto,

procederemos a exponer los elementos que conforman esta ciencia, resumidos en unos fundamentos y pilares sobre los cuales se basa el islam en su conjunto y las fuentes legislativas de las que proviene esta sharía. A continuación, una vez hayamos sentado las bases, abordaremos el tipo de finanzas basadas en esta ley islámica, las finanzas islámicas. Para explicarlas bien, necesitaremos contextualizarlas primero con una breve disertación histórica sobre el resurgimiento oficial de las primeras instituciones financieras islámicas, y luego responder a la pregunta: «¿En qué consisten?», además de detallar algunas de las características que las diferencian de los demás sistemas financieros, los principios sobre los cuales se basan y que representan su guion, que las vinculan a los objetivos diseñados por la Teoría Económica Islámica. Expondremos también sus diferentes sectores lucrativos y «no lucrativos»; y, por último, la reglamentación de este sistema financiero a escala internacional y los organismos de control y supervisión sharía en el ámbito de cada institución financiera islámica.